

Juan Carlos del Valle: La mano que reflexiona

Altura-Aeroméxico

Por: Jorge Ávila

Juan Carlos es un pintor disciplinado y exigente. Observador meticuloso. Su trabajo es acechar la luz, apreciarla, descomponerla, reinterpretarla. Y lo hace con cualquier objeto que tenga “a la mano”: la cabeza de un cerdo, un jarrón metálico, un rostro taciturno, una cadera, ostras, pescado, torsos, papayas abiertas, huesos. El ejercicio se advierte en los pliegues de tela semicultos en la penumbra, el tono preciso del rojo quemado de los granos de la granada, el brillo de la piel todavía húmeda. Todo es importante. La reflexión guía el pincel.

Sorprende la claridad de conceptos y recursos estilísticos en una paleta tan joven. Juan Carlos del Valle (México, D.F. 1975) trabaja febrilmente en su estudio: tan sólo en el último año ha montado una docena de exposiciones individuales por todo el país y recientemente en San Antonio Texas. Ahora sus compromisos futuros apuntan hacia plazas internacionales.

Es interesante verlo trabajar en su estudio: lienzos montados en un bastidor, muchos de ellos con “el fondo” ya trabajado; repisas con objetos dispuestos, pinceles ordenados por tamaño y calidad, un par de sillones, música (a un volumen discreto, sólo para crear una atmósfera), la luz controlada por un gran ventanal modular que se fragmenta en múltiples ventanas de tamaños diversos. Esta fuente de iluminación natural controlada está inspirada en el estudio de Jan Vermeer (1632-1675) que se recreó en la película Muchacha con arete de perla. Juan Carlos expresa: “Me gusta trabajar con luz natural. El ventanal está orientado hacia el norte porque es la luz más estable. Controlo la luz como yo requiero. Tengo desde una ventanita de 20 x 20 centímetros que crea un claroscuro muy intenso si acerco al modelo, y si lo alejo me da una penumbra muy interesante con una gama de tonos muy rica. También puedo abrir una gran ventana y tener colores más brillantes, más formas, más luminosidad. Para dibujar puedo usar el foco, aunque limita mucho la atmósfera y el color...”

¿CÓMO FUERON TUS INICIOS EN LA PINTURA?

Pintar surge como producto de una necesidad imperiosa. Necesitaba pintar como necesitaba comer, respirar o dormir. Lo descubrí a los 18 años. Descarté varias opciones académicas y busqué una escuela de arte o algún maestro afín que me diera una formación sólida, algo difícil por la directriz que el arte ha tomado actualmente, Buscaba una escuela tradicional, con arraigo en la tradición pictórica, sustentada en el dibujo y finalmente encontré a Demetrio Llorden, refugiado español y pintor de gran talento. Con él estudié cinco años, hasta su muerte. A ello

siguió mi etapa autodidacta, donde puse en tela de juicio las enseñanzas, los conocimientos adquiridos. Surgen las inquietudes personales y la mano empieza a trabajar de manera distinta. Me interesa el proceso creativo sólido, no los “cinco minutos de fama” basados en el escándalo, la sorpresa o la mercadotecnia. Los grandes maestros son resultado de años de trabajo, talento y sensibilidad, no de improvisación afortunada.

¿POR QUÉ PELEARSE CON LA TRADICIÓN?

La formación es el medio para expresarse, las herramientas para decir cosas. Yo no puedo juzgar lo que no entiendo y eso me pasa con el arte contemporáneo. Me resulta intolerable el arte que no comprendo. Ese “discurso” lo que trata de esconder es la falta de formación, técnica y oficio; es improvisación que se presta muchas veces al engaño. ¿Dónde quedó la pintura? ¿Dónde quedó el dibujo?

¿QUÉ ES PARA TI EL RETRATO?

La vida es producto de la luz. Sin luz no hay color ni forma, y en un retrato me interesa que la luz adecuada bañe el rostro para exaltar el carácter de esa persona. Más que epidérmico, hay un tratamiento psicológico del sujeto, no me quedo únicamente en el nivel de la piel, me gusta entrar en el carácter, descubrir sus inquietudes o lo que piensa. Transmitir el alma de una persona resulta muy fascinante. El retrato me permite estar en contacto con la persona, conocer y escudriñar su psicología. Tú lo sabes, es como estar con el peluquero. La gente se abre, te cuenta cosas incluso sin preguntar. A veces, cuando están callados, en silencio, entran en un estado como introspectivo...empiezan a pensar, a sentir. Decía alguien que “detrás de una sonrisa hay tristeza, y detrás de la tristeza hay más tristeza”. Cuando descansa la actitud “

¿LA MANO SE MANEJA DE FORMA AUTÓNOMA?

Sí, y resulta placentero tener conciencia de ello. La seguridad que da pintar con regularidad se traduce en movimientos autónomos, ya no estás consciente de ellos. La mano se comporta. La línea se engrosa o adelgaza, empasta pásmenos siguiendo esa conexión ojo-mente. Lo que hago no es copiar, sino representar.

¿HAY MOMENTOS EN QUE LA MANO TRANSMITE PLACER O DOLOR?

Es como la voz. Una línea puede ser fina, delicada, tímida... o segura, enjundiosa, firme.

¿Y el oficio?

El oficio te permite transmitir o comunicar. Soy cien por ciento pintor. Es pintura y siempre va a ser pintura. El dibujo es el punto de partida, sin él no hay cimientos para la pintura. No alcanza

una vida, ¡hay tanto que experimentar en la pintura! Todo lo que tengo y tienes alrededor ofrece un interés visual y pictórico... Para mí lo más importante es la experiencia viva de tener el modelo frente a mí y bañarlo de la luz que deseo. Trabajo de forma cada vez más espontánea, más inmediatamente. Es pintura directa: pincelada que doy, pincelada que dejo. Cada vez estoy trabajando más la experiencia inmediata porque ella me permite dar permanencia al instante.